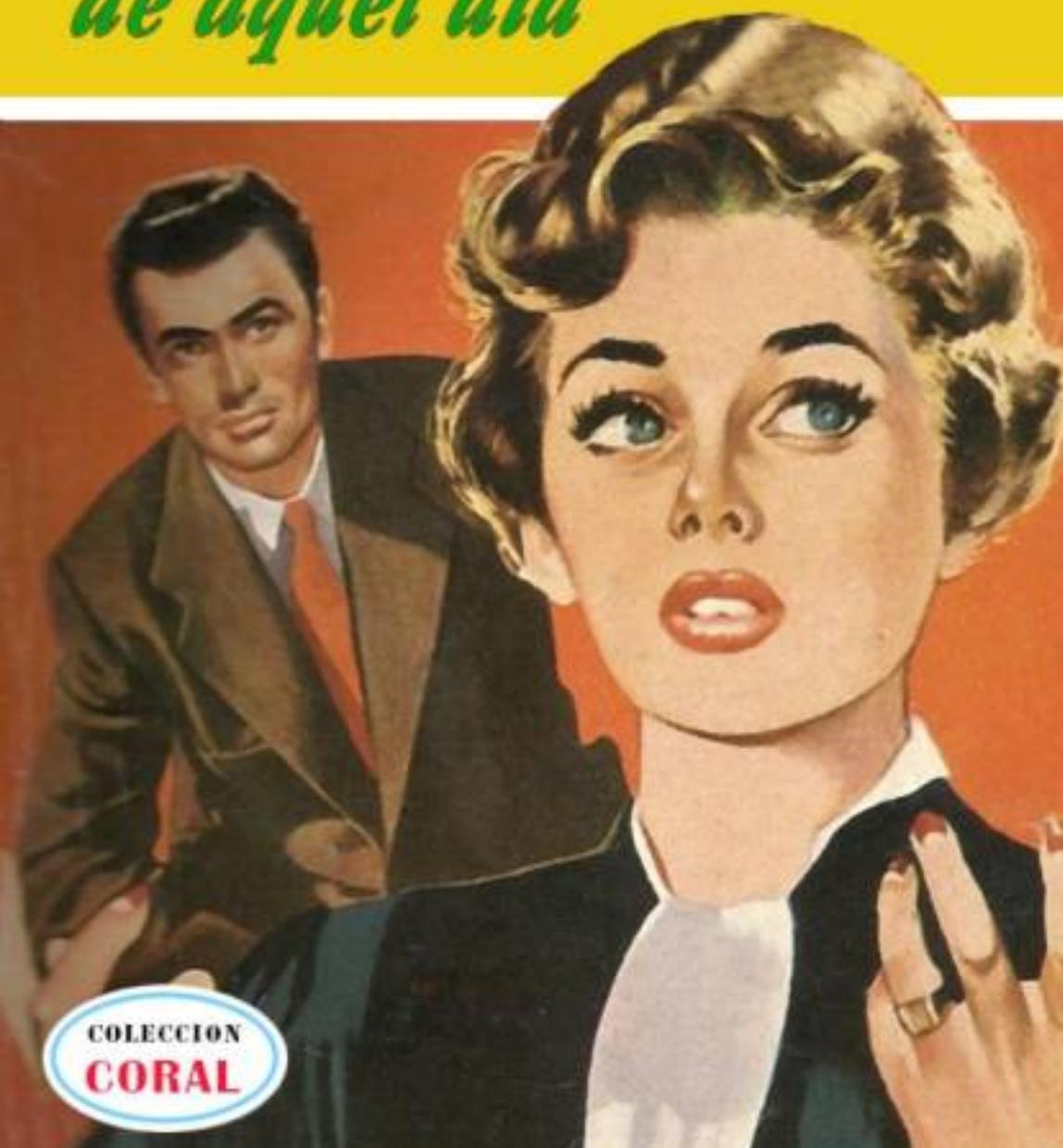


# Corín Tellado

*El recuerdo  
de aquel día*



COLECCION  
**CORAL**

Michele Vlady es una famosa abogado criminalista, admirada en los ambientes más selectos de Nueva York. Parece haber alcanzado la cima del éxito pero en su interior guarda la sombra de una desgracia. Su padre, un aristócrata arruinado, la casó por conveniencia con el famoso explorador Kirk Garret, guapo y libertino millonario, quien no supo valorar el amor y la pureza de Michele. Tras ser acusado del asesinato de una bailarina, su esposa accedió a defenderlo pero su corazón y su matrimonio ya estaban rotos. Ahora, tras cinco años de separación, Kirk vuelve reclamando sus derechos como padre... y como esposo.

## Uno

**M**ichele Vlady —alta, delgada y esbelta— entró en su oficina, saludó aquí y allá, y fue directamente a encerrarse en su despacho, tras cuya larga mesa llena de papeles se sentó. Ojeó distraída unos documentos, abrió luego una caja de laca, extrajo un cigarrillo, y lo encendió en sus labios. Fumó con fruición, con sumo placer, su primer cigarrillo mañanero. Sus facciones difuminadas entre las volutas de humo se crisparon un tanto al clavarse ahora en un cuadro que presidía la pared de su regio despacho.

—No puedo olvidarlo, papá —dijeron sus labios casi sin moverse—. Y si estoy aquí sentada es por ese recuerdo que encauzó mi vida hace... ¿Cuántos años, papá Vlady?

Esbozó una rara sonrisa y aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo. Contempló las espirales con los ojos semicerrados y después, como si pretendiera alejar recuerdos ingratos, agitó la mano en el aire y esta fue a caer sobre un timbre. Inmediatamente se abrió la puerta.

—Buenos días, señorita Vlady.

—Buenos días, Adolph. Veamos qué asuntos hemos de resolver hoy.

Adolph Kiske, ayudante inmediato de la famosa abogado criminalista, extendió unos papeles sobre la mesa y dijo con absoluta indiferencia, como si una causa más no tuviera importancia alguna:

—Estudíé este asunto sin grandes resultados.

—Veamos.

—Nos será preciso visitar en la prisión a nuestro cliente. Debo advertirle, señorita Vlady, que este tiene toda la confianza puesta en usted.

Michele alzó las bien trazadas cejas. Sonrió entre dientes. Su sonrisa era la mueca de un abogado profesional que cree ciegamente en sus posibilidades.

—Siéntese, estudiaremos juntos el caso.

—Dio muerte a su amigo de un tiro —adujo Kiske con la misma indiferencia un tanto estúpida—. Testigos en contra, culpabilidad sin atenuantes que exponer en su defensa.

—De todos modos, tanto usted como él confían en mi defensa.

—Exacto, señorita Vlady.

—Concierte la entrevista para esta tarde a las tres. Y ahora, que pase el primer cliente de esta mañana.

Adolph Kiske se puso en pie y salió cerrando tras de sí. Entró el primer cliente. Desde una pequeña mesa, una taquimecanógrafa tomaba datos, nombres, fechas y hechos. Uno tras otro los clientes fueron desfilando.

A las dos de la tarde, Michele Vlady se puso en pie y salió del despacho. Con el abrigo de pieles sobre los hombros se deslizó por el pasillo. Los mismos saludos, las mismas sonrisas inexpresivas y al fin se vio en el ascensor y luego en la calle. Era una mañana de frío. Las calles estaban nevadas. Miró a lo alto. El rascacielos parecía sonreír en aquella calle muy concurrida. En el piso octavo tenía ella sus oficinas... Era una suerte ser mujer, bonita y joven. ¿Para qué?

El *Cadillac* estaba aparcado en una esquina de la calle suntuosa. Michele sacó las llaves, abrió y se sentó ante el volante. Hizo girar la llave de ignición y el elegante automóvil se deslizó calle abajo.

Era el recorrido de todos los días y Michele no estaba cansada. Michele nunca se cansaba de aquella lucha. Era el triunfo, la riqueza que de nuevo le sonreían. Ella también sonrió ante la evidencia de aquella riqueza y aquel triunfo

que no debía a nadie. Todo a su voluntad, a su inteligencia, a su energía.

Recordó aquel día... lo recordaba quizá todas las mañanas porque había señalado un punto crucial en su destino. Ella nunca pensó hacer uso de su carrera. Adoraba la vida cómoda, la sonrisa siempre ingenua y bendita de sus hijos, la plácida serenidad de su hogar, las fiestas sociales, las reuniones en casa de tía Matilde... Y no obstante, renunció a todo por llegar a ser... lo que era ya.

El automóvil hubo de detenerse a causa del tránsito. Cuando la señal luminosa le permitió pasar, el *Cadillac* entró en la Quinta Avenida, y fue a pararse ante el regio palacio de los Vlady. La abogada criminalista ojeó el reloj. Eran las dos y media. Aún tenía tiempo de ver a Susy y a Rob... antes de personarse en la prisión donde estaba encerrado su cliente.

La gran verja se abrió silenciosamente y el *Cadillac* rodó por el parque hasta ir a detenerse junto a las escalinatas de mármol. La mujer delgada y gentil saltó al suelo y ascendió presurosa, cruzando el abrigo sobre el pecho.

Un criado asomó la cabeza por una puerta del vestíbulo. Michele sonrió con aquella, su mueca inexpresiva, y preguntó:

—¿Han venido los niños, Charles?

—Están en el cuarto de estudio, milady. Siguió avanzando. Antes de abrir la puerta se volvió como si recordara algo y advirtió quedamente:

—Te lo he dicho muchas veces, Charles... No vuelvas a llamarme milady.

—Sí, mi... señora.

—Eso es. ¿Lo recordarás, Charles?

—Creo que sí...

Volvió a sonreír. No lo recordaría Charles, porque hacía muchos años que estaba advertido y siempre se olvidaba... El gran Charles, que vivió a su lado toda la vida y el único que conocía su gran drama de mujer. Pero era preciso olvi-

dar que ella era una *lady* y Charles tenía ese deber aunque le doliera.

Abrió la puerta.

—Mamá.

—Mamá.

Dos figuras menudas, muy semejantes, le salieron al paso. Los recogió en sus brazos y los besó apretadamente. Solo allí, junto a ellos, era una auténtica mujer. Solo allí, junto a los dos trocitos de vida que le hacían recordar días de amargura.

—¿Habéis sido buenos?

—Sí, mamá —respondieron los cuatro años de Susy.

—¿Es cierto eso, señorita Kim?

—Lo es, señora. Rob es muy inteligente y sabe cuidar de mí y de su hermana.

—¿De veras, hijito?

Los cuatro años del gemelo se estiraron.

—Yo seré un guerrero como el abuelo Vlady.

Los ojos de la madre guapa se oscurecieron.

—Sí, querido mío —repuso quedamente, posando una mano enguantada en la cabeza de negros rizos del pequeño—. Serás como él, pero... Bueno, tengo que irme ya Señorita Kim, no vendré a comer ni a almorzar. Preocúpese de ellos.

—Sí, señora.

Los besó una y otra vez. ¡Los adoraba! Eran una espina venenosa si recordaba de quién procedían, pero un bendito consuelo para su amargura porque, pese a todo, eran auténticamente suyos. Los sintió en sus entrañas, sufrió y vivió por ellos. ¡Cuatro años desde entonces!

Se alejó presurosa y minutos después el *Cadillac* rodaba de nuevo.

La entrevista fue breve. Tenía esperanzas de salvarlo, una pelea en un elegante cabaret. Una borrachera, una disputa

y luego un disparo que nadie sabía de dónde salió. ¡Bah! Lo de todos los días. Estudiaría el caso detenidamente aquella misma noche y cuando se viera la causa lo defendería. ¿Por qué no? ¿Acaso tenía escrúpulos ahora, después de casi cinco años?

Entró en un elegante local. Fue a sentarse junto a una mesa apartada y un camarero le trajo la carta. Eligió el menú sin fijarse en nada ni en nadie. Pero sabía, ¡oh, sí!, que todos la miraban. Su figura era harto conocida en el mundo elegante. La hija del distinguido lord Vlady, la esposa de Kirk Garret, el hombre de moda en otro tiempo; actualmente la famosa abogado criminalista a quien acudían todos los culpables millonarios con la seguridad de ser absueltos...

Y lo eran, ¿por qué no? Una mujer inteligente, de gran intuición. Femenina cien por cien aun sentada tras su gran mesa de oficina. Aun vestida con la toga, aun desmenuzando los asuntos más intrincados, siempre femenina... porque Michele Vlady, pese a todo, nunca olvidó su condición de mujer, de madre y de esposa... ¡una esposa de nueve meses! ¡Qué divertido!, ¿eh? Era joven, elegante, bonita, con un pasado estúpido junto a un hombre estúpido. No, no era nada divertido; era como para reventar de rabia, pero ella estaba allí, no había reventado y continuaba siendo la misma mujer delicada y femenina... solo que ahora era famosa y acudían a ella todos los seres desaprensivos del Universo; el Universo de Nueva York con sus mezquindades, sus miserias, sus problemas y sus canalladas. Y ella los defendía... ¿Por qué? Por aquello. Empezó casi sin darse cuenta, un día en que su corazón estaba destrozado, pero seguía latiendo. Ganaba millones de dólares... ¿Cuántos, en el transcurso de aquellos años? ¡Bah! No supo contarlos... Contó tan solo los dientes de sus gemelos, uno por uno, sus sonrisas, sus primeros pasos, sus primeros balbuceos. El dinero, ¿para qué? De eso solo se enteraba Larry, su fiel administrador.

Pidió ostras para comer. Completó el menú y lo roció con oporto. La vida era una carga, pero a veces, cuando se tienen dos hijos es un don del cielo. Pese a todo, para ella lo era.

Comió con apetito. Alguien la saludó desde lejos y ella correspondió con una inclinación de cabeza. Otro y otro. La conocía todo el mundo, como hija de lord Vlady, como esposa de un... indeseable y más que nada como abogada famosa. Sonrió con una mueca. Sus dos ojos esmeralda se ocultaron un tanto bajo el peso de los párpados violáceos y comió. Comió con verdadero apetito de mujer sana.

Al salir, un grupo de elegantes personas se levantaron para saludarla. Los hombres besaron su mano, la miraron codiciosos ocultando el deseo tras una sonrisa cortés. Una mujer casada, con dos hijos y un marido que... ¿Dónde estaba el marido de Michele Vlady? Primero creyeron fácil la presa, si bien comprendieron en seguida que la mujer famosa era tabú para ellos. Pero las miradas continuaban siendo codiciosas y Michele sonreía divertida. ¿Habría alguien capaz de ablandar su coraza? ¿Habría alguien capaz de quitar la máscara de su rostro? No, nadie, ni siquiera el recuerdo de aquel día.

Se alejó al fin y subió a su *Cadillac*. Regresó a su oficina. Encerrada en el despacho estudió varios casos. Era una semana de mucho trabajo. Tendría que robar horas al sueño, noches enteras quizá... Pero lo haría. ¿Acaso no lo hizo siempre?

Por un instante se sintió deprimida. Con los codos apoyados en la mesa pensó en su padre, en su esposo, en sus hijos... Era doloroso pensar, pero alguna vez lo hacía porque los recuerdos eran demasiado ingratos y se mezclaban con todas aquellas causas que había que defender y que fueron, en su día, la iniciación de su carrera...

Sucedió todo del modo más simple de este mundo. Tenía dieciocho años cuando abandonó su vida de colegio. Adoraba a su padre y, este, era o demasiado cómodo o demasiado crédulo. Por aquella época el hombre más famoso de Estados Unidos era Kirk Garret, explorador de profesión, millonario de nacimiento, caprichoso porque sí, vanidoso porque lo hizo la gente y pendenciero porque le daba la gana. Un hombre de marcada personalidad, mucha de la cual se la restaba su presunción. Era amigo íntimo de lord Vlady y frecuentaba el palacio de la Quinta Avenida cuando su estancia en Nueva York se prolongaba.

En una de aquellas visitas conoció a la ex colegiala. Era, esta, una linda joven de figura delgada y cimbreante, de grandes ojos inocentes color esmeralda. Y le hizo gracia que aquella niña quisiera ser abogado. Y con Vlady siguió el curso de sus estudios con divertida sonrisa. Michele lo trataba con afecto, si bien se sentía retraída a su lado. Estudiaba con ahínco y a los veinte años era abogado. Papá Vlady respiró tranquilo, colgó el título en su despacho y dio una gran fiesta para presentar a su hija en sociedad. Por aquel entonces, Kirk Garret se hallaba en Nueva York y acudió a la fiesta. Era un hombre guapo, de pelo negro, rostro bronceado y ojos grises muy claros, que parecían estiletos, si bien al clavarse en la hija de su amigo aquella noche brillaron de una forma especial.

En la alta sociedad se sabía que Vlady se mantenía de su crédito y de su rango. Tenía la casa hipotecada y solo podía salvarla con el matrimonio de su hija. Y su hija, la verdad, era un regalo para cualquier hombre. Se sabía asimismo que Kirk Garret era el hombre en quien pensaba Vlady como futuro marido de su Michele, si bien nadie estaba de acuerdo con respecto a la felicidad de este matrimonio, cuya realización era la única solución para el aristócrata empobrecido que vivía de su antiguo esplendor.

Kirk tenía treinta y dos años, era libertino, jugaba con todas las mujeres y a veces, cuando le daba la gana, se reía

de su propia sombra. Nadie ignoraba sus correrías, ni sus juergas nocturnas, algunas de las cuales se hicieron famosas. A veces se quedaba en un cabaret hasta altas horas de la noche y corría el vino como si proviniera de un manantial. Era famoso y tenía dinero, y a causa de estas dos cosas se procuraba que el escándalo no trascendiera, pero trascendía, si bien a oídos de Michele nunca llegaban los comentarios, bien porque su padre lo evitaba, bien porque la casualidad no quiso que unos oídos inocentes se lastimaran con ciertas inmoralidades. De cómo ni cuándo se sintió enamorada, Michele nunca tuvo ni idea. Solo supo que le quiso. ¿Cómo no? Ella era una niña tonta que no sabía del mundo más que lo que vislumbró a través de su fantasía de muchacha ingenua, y se enamoró del hombre que su padre le presentó como futuro marido. A Kirk debía de hacerle mucha gracia convertirse en marido, porque cuando veía a Michele junto a él se reía como un loco. No era fino ni distinguido. Era guapo y desvergonzado simplemente, si bien Michele solo supo que era guapo y le quería.

Lo admitía la sociedad porque era millonario, y por su fama de explorador, que era mucha, ciertamente, pero su árbol genealógico era desconocido. Si acaso su abuelo fue un pirata, un negrero o un buscador de oro allá por el año en que estaban de moda los aventureros. Pero nadie se fijaba en estos detalles. El dinero salía de sus bolsillos como si en el fondo de ellos tuviera un manantial; su sonrisa era cautivadora, su mirada fulminante, y su palabrería —no académica precisamente— hacía gracia a los amigos que vivían de sus espléndidas limosnas. Vlady era uno de estos pese a su alcurnia, pero Michele no lo supo entonces. Creía de buena fe en el cariño que su padre aseguraba sentía Kirk por ella, y nunca creyó que estuvieran arruinados.

El primer beso que recibió de Kirk la lastimó, pero nada dijo. Su primera desilusión la rumió sola, sin saber darle forma. Se casaron una mañana de sol y hubo un gran banquete en el regio palacio, cuya hipoteca ya no existía. Vlady

asistía radiante a la boda de su hija como un general asiste al festín de su victoria. ¿Falto de escrúpulos como Kirk Garrett? Al menos Michele lo creyó así algún tiempo después, si bien nunca hizo reproche alguno. ¿Para qué? Vlady llevaba el castigo en su propio pecado y no era plato de gusto ver a su hija desgraciada.

El recuerdo que guardó Michele del día de su boda fue penosísimo; pero aun así no se rebeló. Michele era una mujer de temple y sabía bien lo que quería. Si podía pisar tierra firme no se andaba por el aire volando en pos de una ilusión que ya no existía. Kirk fue brutal, desconsiderado y salvaje para la niña inocente que en unas horas se convirtió en una amargada mujer. Un viaje de novios del que no guardaba recuerdos gratos, una existencia junto a un hombre incomprensible que la trataba como si fuera una muñeca de la cual se servía para divertirse. Y un día, el regreso. La vida de casados en la ciudad populosa, los salones que se abren a su paso, las insinuaciones de los mismos amigos de su esposo. ¿Se dio cuenta entonces? No, aún lo quería. Lo, amaba apasionadamente, con esa pasión irreflexiva de las mujeres inocentes que se sienten empequeñecidas ante sus maridos enigmáticos. Ella no trató íntimamente más hombre que Kirk y creyó que todo era así, tal como él se lo enseñaba. Venía borracho, pasaba las noches fuera de casa, los días, las semanas... Una madrugada, Michele estaba en el vestíbulo cuando él entró.

—¿No te has acostado? —le preguntó con lengua torpe.

Michele lo miró con asco. Era la primera vez que Kirk le repugnaba, pero el hombre no se dio cuenta.

—¿De dónde vienes a estas horas y de ese modo?

—¿De dónde...? Vete a la cama y déjame en paz.

—Quiero saber de dónde vienes. Creo que tengo derecho a saberlo, ¿no?

—¡Eres una niña estúpida! —gritó Kirk tambaleándose peligrosamente sobre sus piernas inseguras—. Una niña es-

túpida es lo que eres. ¿Crees tú que voy a estar contemplándote continuamente?

—No te pido eso. Pero creí que me había casado con un caballero.

Kirk rio escandalosamente.

—¿Con un caballero? —gimió divertido, entre risas y suspiros entrecortados—. No, no soy un caballero. Soy un maldito estúpido.

—¡Kirk!

—Ya decía yo... Tu padre... ¡Bah! Lo que quería era dinero, y tú eres una niña —agitó la mano en el aire y la sacudió cansado—. Eso, una niña, solo una niña. Yo... bueno, déjame pasar.

Michele se irguió. Y Kirk la miró boquiabierto.

—Que me dejes pasar he dicho.

—Antes aclárame eso.

—¿Qué debo aclarar?

La empujó sin miramientos y pasó. Se encerró en su cuarto y cuando bajó al otro día, ya muy entrada la mañana, Michele le pidió una entrevista.

—No me canses demasiado, Michele. Me duele la cabeza y estoy rendido.

—¿Sabes de qué, Kirk?

—Sí.

—Pues yo no estoy dispuesta a soportar estas humillaciones.

—¡Ah! ¿No lo estás? Pues tendrás que estarlo porque yo no pienso cambiar de vida. ¿Crees tú que un hombre como yo puede vivir feliz al lado de una niña moralista como tú? ¡Bah!

—¡Kirk!

—Te he dicho que estoy cansado. Déjame en paz.

Lo miró largamente y después se alejó. Fue al despacho de su padre y le dijo:

—Voy a separarme de Kirk.

Lord Vlady se levantó de su sillón como si alguien lo pinchara. Contempló a su hija con ojos vagos. ¿Estaba ya quizá arrepentido?

—Michele, yo te ruego...

—Quiero saber por qué me has casado con él.

—Michele, hijita...

—Pues háblame. Dime por qué... Tú sabías que él... Lo sabía todo el mundo y me casaste. Tengo veinte años, papá; ¿no lo sabes? —había hondo dolor en la expresión patética—. Solo veinte años, y quiero a mi marido. Y voy a dejar de quererlo, ¿sabes, papá? ¡Oh, sí!

Él se lo contó. No tenía dinero. Kirk, sí. La quería demasiado para verla trabajar, prescindir de sus lujos, de aquel palacio que perteneció a varias generaciones desde fecha inmemorial.

A ella le causó asco la revelación y procuró vivir al margen de la vida de su marido, que no se preocupaba, poco ni mucho, de su reacción. Era en verdad la más cómoda y él estaba contento.

Pero una noche Michele sintió que necesitaba salir y lo hizo. Se vistió elegantemente y fue al cabaret donde supo que podría hallarlo. Y lo halló. La policía estaba en el local interrogando. Kirk tenía el cuerpo de una mujer en sus brazos y del pecho de esa mujer manaba la sangre a borbotones. La gente se arremolinaba, los policías trataban de despejar el local. Los presuntos culpables, esposados, subían a los coches negros, que partían con ulular de sirenas. Michele, en un rincón, miraba con ojos muy abiertos. Vio al fin cómo un policía se aproximaba a su marido y este levantaba la cabeza diciendo:

—Está muerta.

—Ya lo sé —repuso el policía con sequedad—. Ya veremos cómo explican esa muerte.

Le puso las esposas y lo empujó sin miramientos. Pasó ante ella esposado como un criminal, sin verla, y a la mañana siguiente en todos los periódicos, con grandes titulares,

se relataba lo sucedido. Una juerga pesada en el elegante cabaret: un grupo de hombres distinguidos dieron muerte a una bailarina famosa. No se sabía quién había sido en realidad, pero uno de ellos parecía el más complicado.

Con amargura, Michele leyó la Prensa y se quedó paralizada cuando vio la sombra de su marido en el umbral de su gabinete.

Se irguió.

—Hola —saludó él con la mayor tranquilidad del mundo.

Michele lo miraba como si viera un fantasma.

—¿Tú? —susurró—. ¿No estabas preso?

Él frunció las cejas.

—Te vi ayer noche. La tenías en tus brazos, ¿recuerdas? Fuiste tú quien la mató, ¿no?

—No.

Michele recordaba haberle mirado con espanto y recordaba asimismo la depresión moral que parecía pesar sobre los hombros cansados.

—A mí puedes confesarme la verdad, Kirk —advirtió ella quedamente—. Nada me asusta ya. Solo me quedaba por saber que eras un criminal, y ya lo sé.

Él se encogió de hombros.

—Afuera me espera la policía —dijo él de súbito, con voz que parecía desconocida—. He venido a pedirte algo, Michele Vlady.

En pie, erguida y serena, Michele parecía una bella majestad de porcelana. No había en sus ojos pesar, ni dolor, ni siquiera amargura, sino un gran desprecio.

—Pide lo que sea —concedió—. Una vez se solucione esto, yo no querré saber más de ti. Como sabes, Kirk, voy a tener un hijo, y no quisiera... ¡Dios mío, Kirk, qué felices pudimos haber sido!

Él no contestó aún. Miraba el suelo y sus dos manos en los brazos del sillón parecían crispadas. Las venas y los huesos de aquellas manos resaltaban, y Michele comprendió

que por primera vez su marido sufría. ¿Por ella? ¿Por la humillación? ¿Por el escándalo que llevaría tras de sí el proceso humillante? Nunca lo supo.

—No quisiera que mi hijo te viera nunca.

Kirk, sin responder, encendió un cigarrillo; sus dedos temblaban al llevarlo a la boca.

—No te guardo rencor, Kirk —añadió ella, inflexible—. He dejado de quererte, no sé cuándo; solo sé eso. No me importa que vayas a la cárcel, que te maten, que sufras... Has dejado de interesarme para siempre. Pero nunca creí que tu degradación llegara al extremo de matar a tu amante.

Ahora el hombre elevó los ojos y una tenue sonrisa curvó sus labios. Era bello Kirk, pese a su maldad. Moreno, duro y curtido, muy pálido ahora, parecía más bello si cabe. Se puso en pie con lentitud, se le aproximó y declaró, dominándola con su estatura:

—No la he matado, ni fue mi amante jamás. Era una bailarina famosa, Michele. Estábamos en el cabaret, surgió una disputa no sé dónde, se armó un barullo terrible y yo acudí...

—No precisas justificarte. Sé que has sido tú —acusó secamente.

Kirk volvió a reír. Ya no era la risa provocadora del hombre desvergonzado. Era simplemente la risa sarcástica de un hombre.

—No lo hago a modo de justificación, Michele Vlady. Al casarme contigo creí que sería feliz... Me amaste o dijiste que me amabas, pero no fue suficiente para un hombre como yo. Si tú has recibido una desilusión grande a mi lado, yo la he recibido al tuyo, porque... fuiste demasiado niña para mi vida demasiado temperamental. No te culpo de ello, pero sí puedo jurar que jamás he tenido una amante y por supuesto soy inocente, aunque todas las pruebas me condenen.

Dio un paso atrás y ella uno hacia delante.